

amante Bernardo, que con la fuerza del amor la llegó a llamar robadora de corazones, asegurando que el suyo de cierto se lo había robado. — Llámennla su querida, como San Bernardino, el cual iba diariamente a una capilla suya, y allí pasaba con Ella las horas enteras en amoroso coloquio. — Ámenla tanto como San Luis Gonzaga, que de sólo oírla nombrar se le encendía el corazón y el rostro. — Ámenla tanto como San Francisco Solano, que algunas veces, como fuera de sí, llevado de una santa locura, se ponía a cantar coplas cariñosas delante de una imagen, a semejanza de lo que hacen de noche los amantes del mundo. — Ámenla tanto como la amaron todos sus siervos, los cuales ya no sabían qué hacer en prueba de su amor: como el Padre Juan de Trejo, de la Compañía, que se llenaba de júbilo al considerarse esclavo suyo, y en testimonio de esclavitud iba muchas veces a visitarla a las iglesias, y allí bañaba el suelo con abundancia de lágrimas, besándole y limpiando el polvo con la cara y la lengua, por ser casa de su amada Señora; como el Padre Diego Martínez, también de la Compañía, que, en premio a su gran devoción a la celestial Señora, en todas sus festividades le llevaban los ángeles al Cielo, a que viese la solemnidad con que allí se celebraban, y al subir iba diciendo a voces: «Quisiera tener todos los corazones de ángeles y santos para amar a María; quisiera tener las vidas de todos los hombres para

darlas todas en obsequio de María»; protestando que de muy buena gana hubiera sufrido los mayores tormentos por que María no hubiese perdido (bien que no podía) un solo gramo de toda su grandeza, y que si ésta hubiera estado en su mano, toda se la hubiera cedido, por ser Ella incomparablemente más digna. Amémosla como Carlos, hijo de Santa Brígida, que aseguraba no haber en el mundo cosa que más le llenase de gozo que el saber lo mucho que Dios amaba a María; o como San Alonso Rodríguez, que deseaba ardientemente dar la vida por Ella; o como Francisco Binans, religioso, y Santa Rade-gunda, reina, que se esculpieron en el pecho su dulce nombre. Lleguen hasta a marcársele a fuego, como hicieron, arrebatados de amor, Juan Bautista Arquinto y Agustín Espinosa, ambos jesuitas. Hagan, finalmente, todo lo que el amor más apasionado y ardiente les pueda inspirar, que nunca llegarán sus amantes a quererla tanto como Ella los ama. «Sé muy bien, Señora —decía un discípulo de San Bernardo—, que sois amantísima y que en el amar no os dejáis vencer de nadie.» Se hallaba una vez delante de una imagen suya San Alonso Rodríguez, y sintiéndose abrasado en su amor, le dijo: «Madre mía, ¡si Vos me amarais tanto como os amo yo!» A lo cual respondió la Virgen: «Eso no, Alonso: que, aunque es grande el amor que me tienes, es mucho más lo que yo te amo.» Tiene razón el piadoso autor del *Salterio*

Mariano para exclamar: «¡Felices los que son firmes en el amor de esta amabilísima Señora!» Felices, porque siendo tan agradecida, no deja que nadie la exceda en el amor, imitando en esto, como en todo lo demás, a su Hijo santísimo, que en pago de cualquier obsequio vuelve duplicados los favores. Exclamaré yo también, con San Anselmo: Derrítase mi corazón en el amor de Jesús y María. Haced, Señor; haced, Madre mía, que llegue a amaros tanto como merecéis. ¡Oh Dios, enamorado de los hombres!, pues que disteis voluntariamente la vida por ellos, ¿podréis negar ahora vuestro amor a quien pide amaros con todo el corazón a Vos y a vuestra dulce Madre?

EJEMPLO.

Santa muerte de una pastorcita.

Una pastorcilla que guardaba ganado tenía puesta toda su afición y delicia en ir muchas veces a una ermita de nuestra Señora, edificada en el monte, y pasar allí el tiempo en obsequios y amorosos coloquios con su dulce Madre. Y por no estar la imagen, que era de bulto, tan adornada como convenía, le hizo con mucha fatiga un manto decente. Un día trajo una guirnalda de flores silvestres, y subiéndose al altar, se la puso, diciendo: «Madre mía, yo quisiera que fuese una corona de oro y piedras preciosas; pero como pobre os

ofrezco esta guirnalda de flores; aceptadla en testimonio de lo mucho que os amo.» Con estos y otros obsequios semejantes procuraba venerarla y servirla.

Veamos ahora cuál fue la recompensa de parte de la tierna Señora para con esta su querida hija. Habiendo caído enferma de peligro, sucedió que yendo por allí de viaje dos religiosos, y habiéndose sentado a descansar a la sombra de un árbol, tuvieron una visión, el uno en sueños y el otro despierto. Vieron que se acercaba una compañía de doncellas muy hermosas, y una entre todas mucho más hermosa y llena de majestad, a la que preguntó uno de ellos: «Señora, ¿quién sois y a dónde vais por estos caminos?» «Soy la Madre de Dios — respondió —, que con estas santas vírgenes voy a visitar aquí cerca a una pastorcilla que se está muriendo, pues ella me ha visitado muchas veces a Mí.» Y dicho esto, desaparecieron. Los dos religiosos siervos de Dios se dijeron uno a otro: «Vamos también nosotros.» Y llegando a la choza, hallaron a la meribunda echada en la paja. La saludaron, y ella les dijo: «Hermanos, pedid a Dios que os abra los ojos del alma para que veáis la compañía que me asiste.» Se arrodillaron y vieron a la Virgen, que, con una corona en la mano, estaba consolándola. En esto comenzaron las vírgenes a cantar, y al mismo tiempo se desató del cuerpo aquella alma dichosa. María le puso la corona, y

tomándola en sus dulces brazos, se la llevó consigo al Cielo.

ORACIÓN.

¡Oh Señora, os diré como San Buenaventura, oh amabilísima Señora, que amando y dispensando gracias robáis los corazones de los hombres!: llevaos también el mío, pues, aunque miserable, desea amaros ardientemente. Vos, Madre mía, con vuestra belleza enamorasteis al mismo Dios, y le trajisteis del Cielo a vuestro seno purísimo; ¿cómo podré yo vivir sin amaros? Igualmente os diré con aquel otro vuestro amante hijo San Juan Berchmans: «No descansaré hasta conseguir un amor muy afectuoso a mi dulcísima Madre», un amor tierno y constante, pues que fue tan grande el vuestro para conmigo, sin merecerlo, antes bien, a no haber sido por él y por las muchas misericordias que de Dios me habéis alcanzado, ¿qué sería ya de mí? Si, pues, aun entonces, que no os amaba, Vos me amabais tanto, ¿qué no debo esperar de la bondad de vuestro corazón ahora que ya os amo? Os amo, Madre mía, sí, os amo, y quisiera juntar en mi pecho el amor de cuantos infelices hay en el mundo que no quieren amaros. Quisiera tener millares de lenguas para dar a conocer vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia y el amor grande con que correspondéis a todos los que os aman. Si tuviere riquezas, todas las emplearía en vuestro honor y culto; si tuviese vasallos, a todos los quisiera obligar a ser vuestros amantes. Quisiera dar la vida por Vos, siendo necesario. Os amo, Madre mía, pero, por otra parte, temo que el mío no es amor verdadero, pues dicen que el amor hace semejantes a las personas que se aman. Y así, viéndome tan diferente a Vos, lo tengo por señal de no amaros como debo. Vos tan pura, yo tan inundo; Vos tan humilde, yo tan soberbio; Vos tan santa, yo tan pecador. Mas esto es lo que hoy humildemente os pido, que ya que vuestro amor para conmigo es tan grande, que me hagáis semejante a Vos. Poder tenéis para mudar los corazones; aquí está el mío: tomadle en vuestras manos sacratísimas y trocadle enteramente, dando a conocer al mundo lo mucho que podéis en favor de los que amáis, y haciéndome de este modo santo e hijo digno de tan alta Madre, como lo espero con toda confianza por vuestra bondad. Amén.

4.º — *María también es Madre de los pecadores arrepentidos.*

La misma piadosísima Virgen aseguró a Santa Brígida que no sólo es Madre de los inocentes y justos, sino también de los pecadores, con tal de que propongan enmendarse. ¡Oh, y con qué benignidad recibe a sus pies esta Madre de misericordia a cualquier pecador arrepentido! Así lo escribía San Gregorio VII a la princesa Matilde: «Pon fin al pecado y encontrarás a María más amorosa que una madre carnal; te lo prometo con toda certidumbre.» La condición que nos pide para ser sus hijos es dejar la culpa. Sobre aquellas palabras de los Proverbios (31, 28): *Se levantan sus hijos*, reflexiona un escritor devoto que antes puso *se levantan* y después los llama *hijos*; porque no puede ser *hijo* de María quien primero no *se levanta* del estado de la culpa donde había caído. En efecto, si mis obras son contrarias a las de María, niego con ellas ser *hijo suyo*, o es lo mismo que decir que no lo quiero ser. ¿Cómo es posible que uno sea su *hijo* y al mismo tiempo soberbio, deshonesto, envidioso? ¿Quién tendrá el arrojo de llamarse *hijo* suyo dándole con las malas obras tantos disgustos? Le decía una vez cierto pecador: «Señora, muestra que eres Madre»; y la Virgen le respondió: «Muestra que eres hijo.» Y a otro que le invocaba como Madre de misericordia, le dijo: «Vosotros, cuando queréis que os favorezca, me

llamáis Madre de misericordia; pero con tanto pecar, me hacéis Madre de miseria y dolor.» Dice el Señor en el libro del *Eclesiástico* (3, 18): *Maldito es de Dios el hombre que exaspera a su Madre; es decir, a su Madre María, como explica el mismo autor, porque Dios, sin duda, maldice al que con su mala vida y obstinación aflige a una Madre tan buena.*

Otra cosa es cuando, a lo menos, se esfuerza el pecador por salir de su mal estado, y se vale para ello del favor de María; que entonces no dejará, por cierto, esta piadosa Madre de socorrerle, para que, al fin, recobre la gracia y amistad de Dios. Así los oyó Santa Brígida una vez, de boca del mismo Jesucristo, que dijo a su Madre amantísima estas palabras: «Al que se esfuerza por volver a mí, Tú, Madre mía, le ayudas, sin dejar privado a nadie de consuelo.» Si el pecador se obstina, no puede merecer el amor de María; pero si aunque alguna pasión le tenga cautivo, sigue encomendándose y pidiéndole con humildad y confianza que le ayude a salir de su mal estado, sin duda le dará la mano, siendo Madre tan misericordiosa, y romperá sus prisiones y le pondrá en camino de salvación.

El sagrado Concilio de Trento (sess. 6, c. 7) condenó como herejía el decir que las oraciones y demás buenas obras hechas por la persona que está en pecado son pecados. No lo son, porque si bien

«la oración en la boca del pecador no es *hermosa*», como dice San Bernardo, por no ir acompañada de la caridad, es, por lo menos, útil y fructuosa para salir del estado de la culpa; y aunque tampoco es *meritoria*, Santo Tomás enseña que sirve para alcanzar la gracia del perdón, supuesto que la virtud para conseguirla no se funda en los méritos del que ruega, sino en la bondad divina y en la promesa y merecimientos de Jesucristo, que dijo en el Evangelio (Lc., 11, 10): *Todo el que pida, recibirá*. Y lo mismo debe entenderse en orden a la Madre de Dios. Si el que pide no merece ser oído, los méritos de María, a quien se encomienda, harán que lo sea. Por lo cual, exhorta San Bernardo a todos los pecadores a dirigirse a María en sus oraciones con gran confianza. «Porque te habías hecho indigno de recibir la gracia, se concedió a María que por Ella recibas cuanto has menester.» Este es su oficio, oficio de Madre, y de tan buena Madre. ¿Qué no haría cualquiera madre por reconciliar a dos hijos suyos que se aborreciesen y buscasen para matarse? María es Madre de Jesús y Madre del pecador; y como no puede sufrir verlos enemistados, no descansa hasta ponerlos en paz. Dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Oh María, Tú eres la Madre del reo, tú la Madre del Juez; y siendo Madre de ambos, no puedes tolerar que haya discordia entre tus dos hijos.» Sólo exige del pecador que él se lo ruegue y tenga propósito de enmendarse. Cuando le ve pidiendo a sus pies

misericordia, no mira los pecados que trae, sino el ánimo con que viene. Si viene con buena intención, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, le abraza, y sin desdeñarse de tanta miseria, le sana las heridas del alma, siendo, como es, *Madre de misericordia*, no sólo en el nombre, sino en las obras y en el amor y ternura con que nos recibe y favorece. En estos mismos términos le dijo a Santa Brígida la misma Señora: «Por mucho que uno peque, al punto le recibo; no miro a los pecados que trae, sino a la intención con que viene; no me desdeño de ungir y curar sus llagas, pues me llamo y soy en verdad Madre de misericordia.»

María, pues, es Madre de los pecadores que desean convertirse, y como tal, no sólo se compadece de ellos, sino que parece que siente como propio el mal de sus hijos. Cuando la Cananea rogó al Señor que librase a su hija de un demonio que la atormentaba, dijo (*Mt.*, 15, 22): *Ten misericordia de mí; una hija mía es molestada por el demonio*. Si la hija lo era y no la madre, parece que debió haber dicho: «Señor, compadeceos de mi hija.» Pero la mujer habló bien, porque las madres sienten como propios los males de sus hijos. Pues así es, puntualmente, como pide a Dios María por cualquier pecador que se acoge a Ella, y podemos creer que le dice de esta manera: «Señor, esta pobre alma, que está en pecado, es hija mía; ten misericordia, no tanto de ella como de Mí, que soy su Madre.»

¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen a tan dulce Madre! Todos alcanzarían perdón. «¡Oh María! — exclama, maravillado, el autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA —, Tú abrazas con afecto materno al pecador que todo el mundo desecha, sin que le dejes hasta verle reconciliado con el supremo Juez.» Quiere decir que, cuando el hombre, por el pecado, se ve aborrecido y desechado de todos; cuando aun las criaturas insensibles, como el fuego, el aire y la tierra, quisieran castigarle y vengar el honor de su Criador ofendido, María le estrecha en sus brazos con afecto de madre, si él llega arrepentido a sus pies, y no le deja hasta reconciliarle con Dios y volverle a la gracia perdida.

Se echó a las plantas de David, como cuenta el libro II de Samuel (14, 6), una mujer de Tecua, celebrada por su discreción, y le dijo así: *Señor, yo tenía dos hijos, los cuales, por desgracia mía, riñeron, y el uno mató al otro, y después de haber quedado sin el uno, ahora quiere la justicia quitarme el otro. Tened compasión de mí y no permitáis, Señor, que me vea privada de mis dos hijos.* El rey, compadecido, perdonó al delincuente, y se lo mandó volver libre. Pues esto viene a ser lo que dice María cuando ve a Dios airado contra el pecador que la invoca: Dios mío, Yo tenía dos hijos, que eran Jesús y el hombre; éste ha dado a Jesús la muerte, y vuestra justicia quiere castigar al culpable; pero, Señor, tened compasión de Mí, y si perdí al uno, no

consintáis que pierda al otro también. ¡Ah! ¿Cómo Dios le ha de condenar, amparándole María y pidiéndole por él así, cuando el mismo Señor le dio por hijos a los pecadores? «Yo se los di por hijos, parece que dice Su Divina Majestad, y Ella es tan solícita en el desempeño de su oficio, que a ninguno deja perecer de cuantos tiene a su cargo, especialmente si la invocan, sino que hace los mayores esfuerzos para restituirlos a mi amistad.» Y ¿quién podrá comprender la bondad, misericordia y caridad con que nos recibe siempre que imploramos su ayuda y favor? Postrémonos a sus sagrados pies, dice San Bernardo, abracémoslos con toda confianza, y no nos apartemos de allí hasta lograr que nos bendiga y nos reconozca por hijos. Nadie desconfíe de su amor, sino dígame con todos los afectos del alma: «Madre y Señora mía, bien merezco por mis pecados ser desechado de Vos y recibir de vuestra mano cualquier castigo; pero aunque supiera perder la vida, no he de perder la confianza de que me habéis de salvar. Toda mi esperanza la pongo en Vos, y con sólo que me concedáis morir delante de una imagen vuestra, implorando vuestra misericordia, no dudaré conseguir el perdón y volar al Cielo a bendeciros en compañía de tantos siervos vuestros que murieron implorando vuestro auxilio y fueron salvos por vuestra poderosa intercesión.»

Léase el ejemplo siguiente, y véase si podrá

ningún pecador desconfiar de la misericordia y amor de esta buena Madre, siempre que la invoque de corazón.

EJEMPLO.

Ernesto, el monje bandolero.

Cuenta el P. Carlos Bovio, S. J., que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, hubo un joven de casa noble, llamado Ernesto, el cual, habiendo repartido sus bienes a los pobres, abrazó la vida religiosa en un monasterio, donde vivía con tal observancia y perfección, que los superiores le estimaban grandemente, en especial por su singular devoción a la Virgen nuestra Señora. Tanta era su virtud, que habiendo entrado una epidemia en aquella ciudad, y acudiendo la gente al monasterio para solicitar de los religiosos asistencia y oraciones, mandó el abad a Ernesto que fuese a pedir favor a la Virgen, delante de su altar, sin apartarse de allí hasta que le diese respuesta. Ernesto obedeció, y a los tres días de perseverar en esta disposición, le ordenó la Virgen ciertas oraciones que se habían de decir, y así cesó la peste.

Pero después se entibió, y el enemigo empezó a molestarle con varias tentaciones, especialmente contra la castidad, y con la sugestión de que huyese del monasterio. El infeliz, por no haberse encomendado a la Virgen, se dejó al cabo vencer,

determinado a descolgarse por una pared. Pero pasando con este mal pensamiento delante de una imagen que estaba en el claustro, le habló la piadosísima Virgen, diciéndole: «Hijo, ¿por qué me dejas?» Sobrecogido y con gran compunción, respondió: «¿No veis, Señora, que ya no puedo resistir más? ¿Por qué Vos no me ayudáis?» «Y tú — replicó la Virgen —, ¿por qué no me invocas? Si te hubieras encomendado a Mí, no te sucedería eso; hazlo en adelante, y no temas.» Fortalecido con estas palabras, se volvió a la celda.

Allí le asaltaron de nuevo las tentaciones, y como ni entonces acudió a la Virgen, finalmente se escapó del monasterio, y a poco se dio a todos los vicios, viniendo a parar, de pecado en pecado, hasta hacerse salteador de caminos. Después alquiló una venta, donde, por la noche, por robar a los pasajeros, les quitaba la vida. Entre las muertes que hizo, mató a un primo del gobernador, quien por varios indicios empezó a formarle proceso. Entre tanto llegó al mesón un caballero joven, y luego que anocheció, el huésped fue donde dormía, con ánimo de asesinarle, según costumbre. Se acerca, y en lugar del caballero, ve tendido en la cama un Santo Cristo, que, mirándole benignamente, le dice: «Ingrato, ¿no te basta que haya muerto por ti una vez? ¿Quieres volverme a quitar la vida? Pues extiende la mano y hiéreme.» Admirado y confuso, Ernesto empezó a llorar amarga-

mente, diciendo así: «Vedme aquí, Señor: ya que usáis conmigo de tan grande misericordia, quiero volverme a Vos.» Y sin diferirlo un instante, salió con dirección al monasterio. Pero en el camino fue preso por los ministros de la justicia y llevado al juez, delante del cual confesó todos sus delitos, por los que fue condenado a la pena de horca, y tan ejecutiva, que ni siquiera le dieron tiempo de confesión. El se encomendó entonces de veras a la Virgen misericordiosa, y al tiempo de echarle los cordeles al cuello, la Virgen le detuvo para que no muriese, y después soltó la cuerda y le dijo: «Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando me vuelvas a ver con una cédula en la mano, en que estará escrito el perdón de tus pecados, disponte a morir.» Así lo hizo: contó al abad todo lo sucedido, hizo penitencia rigurosa por muchos años, al cabo de los cuales vio a la Virgen dulcísima con el papel en la mano, se acordó del aviso, se dispuso para la última partida y acabó santamente.

ORACIÓN

¡Oh Reina soberana, digna Madre de Dios! El conocimiento de mi vileza y la multitud de mis pecados debieran quitarme el ánimo de acercarme a Vos y llamaros Madre. Pero aunque es tanta mi infelicidad y miseria, es mucho también el consuelo y confianza que siento en llamaros Madre. Merezco, bien lo sé, que me desechéis; pero humildemente os ruego que miréis lo que hizo y padeció por mí vuestro divino Hijo, y entonces, si podéis, despedidme. Es cierto que no hay pecador que haya ofendido tanto como yo a la divina Majestad: pero estando el mal ya hecho, ¿qué recurso me queda

sino acudir a Vos, que podéis ayudarme? Sí, Madre mía, ayudadme.

No digáis «no puedo», porque sois omnipotente y alcanzáis de Dios todo cuanto queréis. No respondáis tampoco «no quiero», o bien decidme a quién he de acudir pidiendo el remedio de mi desventura. A Vos y a vuestro Hijo os diré con San Anselmo: Señor, compadeceos de este infeliz, y Vos, Señora, intercede por mí o mostradme otros corazones más piadosos a quienes pueda recurrir con más confianza, pero, ¡ah!, que ni en la tierra ni en el Cielo se encuentra quien tenga de los desdichados más compasión, ni quien mejor los pueda socorrer. Vos, Jesús mío, sois mi Padre; Vos dulce María, sois mi Madre. Cuanto más infelices somos los pecadores, más nos amáis y con mejor solicitud nos buscáis para salvarnos. Yo soy reo de muerte eterna, yo soy el más miserable de todos los hombres; pero con todo, no es menester buscarme, ni es esto lo que ahora pretendo, pues voluntariamente corro a vuestros pies. Aquí me tenéis; no seré desdichado, no quedaré confundido; Jesús mío, perdonadme; Madre mía, interceded por mí.

CAPITULO II

VIDA Y DULZURA

1.º — *María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados.*

Para conocer el motivo por qué la santa Iglesia llama a la Reina de los ángeles *vida nuestra*, es de saber que así como el alma es la que da vida al cuerpo, así la divina gracia es la vida del alma. Porque un alma sin la gracia de Dios tiene nombre de viva; pero, en verdad, está muerta, como se dijo en el *Apocalipsis* (3, 1), a uno: *Tienes nombre de vivo; pero estás muerto.* Y María es la que, alcanzando a los pecadores la divina gracia, les restituye la vida verdadera. Así lo enseña la santa Iglesia, que le pone en la boca estas palabras de los *Proverbios* (8, 17): *Los que madruguen para venir a Mí, me hallarán.* Y el *madrugar* quiere decir acudir al instante que puedan. Los setenta intérpretes traducen: *Hallarán la gracia*; de manera que es lo mismo hallar a María que recobrar la gracia de Dios. Y poco más abajo dice el mismo libro de los

Proverbios (8, 35): El que me encuentre, hallará la vida y recibirá de Dios la salvación. «Oíd — dice el SALTERIO MARIANO —, oíd, los que deseáis el reino de Dios: honrad a la Virgen María y hallaréis la vida y la salud eterna.»

Llegó a decir San Bernardino de Sena que si Dios no aniquiló a los hombres después del pecado, fue por el amor especial con que ya miraba a esta futura Hija suya; y que no dudaba que por Ella sola había concedido perdón y hecho todas las misericordias que usó con los pecadores en la antigua Ley. Por esto nos exhorta San Bernardo a buscar la gracia, y buscarla por medio de María, porque Ella fue quien la encontró, y así la llama el Santo: *la que halló la gracia: inventrix gratiae*; de lo cual la cercioró el ángel San Gabriel, diciéndole, para consuelo nuestro (*Lc.*, 1, 30): *No temas, María, que has hallado gracia*. Pero, ¿cómo podía decir el ángel esto, si María nunca la había perdido? Una cosa dicese con verdad, que la encuentra quien antes no la tenía; y la Virgen siempre estuvo con Dios, siempre con la gracia, y aun llena de gracia, según el mismo Arcángel testificó diciendo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. Pues si para sí no la encontró, por haber estado siempre *llena*, ¿para quién fue? Para los pecadores que la habían perdido. Corran, pues, a María los pecadores que han perdido la gracia y la hallarán seguramente; corran y díganle con un piadoso

escrito: «Señora, las cosas deben restituirse a quien las pierde; nosotros perdimos esta joya preciosa, a nosotros se ha de devolver.» Como que agradó siempre a Dios, y le agradará eternamente, si acudimos a Ella, sin duda ninguna hallaremos lo que buscamos. Dice en los *Cantares* (8, 10) la misma Señora: *Yo soy muro y mis pechos como una torre*; y añade: *Desde que fui en sus ojos como la que halla paz*. Es decir, que Dios la puso en el mundo para que fuese nuestro muro y defensa. Con cuyas palabras alienta San Bernardo al pecador y le dice: «Ve, y busca la Madre de la misericordia, y muéstrale las llagas de tu alma, que Ella pedirá a su Hijo santísimo que te perdone, por aquel licor precioso con que le alimentó; y el Hijo, que la ama tanto, no dejará de oírla.» Con este espíritu nos manda la santa Iglesia pedir en aquella oración que decimos frecuentemente: «Ayuda nuestra fragilidad, ¡oh Dios misericordioso!, para que por la intercesión de nuestra Madre, cuya memoria renovamos, nos veamos libres de nuestras iniquidades.»

Motivo tenía, pues, San Lorenzo Justiniano para llamarla «Esperanza de malhechores», por ser Ella la única que les alcanza el perdón. Motivo San Bernardo para llamarla «Escala de pecadores», porque Ella es la que da la mano a todos los caídos, sacándolos del precipicio y levantándolo de nuevo a Dios. Motivo tenía San Agustín para llamarla «Única esperanza de los pecadores», pues sólo por

su medio podemos esperar la remisión de todos nuestros pecados. Motivo San Juan Crisóstomo para saludarla así en nombre de todos: «Dios te salve, Madre de Dios y Madre nuestra, cielo donde Dios reside, trono en que dispensa toda suerte de gracia; pide siempre a Jesús por nosotros, a fin de que por tus oraciones obtengamos el perdón en el día de la cuenta, y después la eternidad feliz.» Motivo hay, pues, para llamarla *Aurora* (*Cant.*, 6, 9), porque así como la aurora es fin de la noche y principio del día, dice el Papa Inocencio III, así la Virgen Santísima fue extirpación y fin de todos los vicios. Aquellos admirables efectos que produjo en el mundo cuando nació, los produce siempre que en un alma nace su devoción, pues disipa las tinieblas de nuestros pecados y nos pone en el camino de la virtud. Por eso dice San Germán: «¡Oh Madre de Dios! Vuestra defensa es inmortal, vuestra intercesión es vida, vuestro nombre, a quien le pronuncia con devoción, es señal de tener ya vida o de haberla de recibir en breve.»

Anunció María en su Cántico (*Lc.*, 1, 48) que *todas las generaciones habían de llamarla bienaventurada*. «Sí, Señora — repite San Bernardo — ; todas las generaciones ahora y siempre os han de llamar bienaventurada, porque para todas habéis engendrado la vida y la gloria, y por Vos han de hallar los pecadores misericordia, y los justos, gracia.» Pecador, no desconfíes aunque hayas cometido todos

los pecados imaginables, sino acude a María, y verás sus manos llenas de misericordia, y conocerás por experiencia que es mayor su deseo de usarlas contigo que el tuyo de recibirlas.

San Andrés Cretense llama a María «Fianza del perdón divino y prenda de nuestra reconciliación». Siempre con el bien entendido que nos hemos de valer de su amparo para reconciliarnos con Dios, pues de este modo es como el Señor promete perdonarnos, y lo asegura con una prenda. ¿Y cuál es la prenda? María, a quien Él mismo nos dio por abogada, y por cuya intercesión, unida a los méritos de Jesucristo, perdona Dios a cuantos recurren a Ella. Santa Brígida oyó de boca de un ángel que ya en tiempos antiguos se alegraban los Profetas al saber que por la humildad y pureza de esta Virgen preciosa había Dios de aplacarse y reconciliar consigo a los pecadores, que tenían provocada su justa ira.

Nunca, pues, debe temer el pecador que le despida María cuando la invoca, porque es Madre de misericordia, y como tal, desea que se salven aun los más miserables, como que es arca de refugio y ninguno de cuantos se acogen a Ella padecerá el naufragio de la eterna perdición, dice San Bernardo. En el Arca de Noé, hasta los animales se libraron de las aguas del Diluvio, y bajo el manto de María quedan salvos los pecadores. Una

vez la vio Santa Gertrudis con el manto extendido, bajo el cual se habían refugiado muchas fieras: leones, osos y tigres; y María, lejos de echarlos de Sí, los recibía y acariciaba con grandísimo agrado, entendiendo por aquí la Santa que cuando los pecadores más perdidos buscan a María, no son desechados, sino acogidos y libres de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca saludable, refugiémonos bajo este manto sagrado, y hallaremos misericordia y lograremos la salvación.

EJEMPLO.

Elena, convertida por rezar el rosario

Cuenta el P. Bovio, S. J., que una mala mujer, por nombre Elena, entró una vez en la iglesia, donde oyendo predicar un sermón de las excelencias del santo Rosario, al salir compró uno, pero de vergüenza le llevaba escondido. Empezó, con todo, a besarlo, y aunque al principio lo hacía sin devoción, después le infundió la Virgen tal consuelo y dulzura, que ya quería estarle siempre rezando. Con esto concibió un horror tan grande de su mala vida, que no podía sosegar, sintiéndose como impelida a ir a confesarse. Hízolo con extraordinarias muestras de arrepentimiento y admiración del confesor. Acabada la confesión, fue a dar gracias a la Virgen Santísima delante de un altar; allí rezó el Rosario, y la Señora le habló así desde aquella imagen: «Elena, basta ya de ofensas; desde

hoy muda de vida y Yo te favoreceré.» Confusa con estas palabras, respondió: «¡Ah, Señora, es cierto que hasta aquí he sido muy mala; pero Vos, que todo lo podéis, ayudadme; en vuestras manos me pongo; haré penitencia todo lo que me queda de vida.» Salió de allí con esta firme resolución; vendió cuanto tenía, lo repartió a los pobres y emprendió una vida muy penitente. Tenía tentaciones, y muy terribles; pero acudiendo a la Virgen, salía victoriosa. Así llegó con el tiempo hasta merecer favores sobrenaturales, como visiones, revelaciones y profecías. Finalmente, antes de morir (de que ya tenía aviso de María Santísima) se le apareció la misma Señora en compañía de su divino Hijo, y al tiempo de expirar vieron algunas personas que el alma de aquella pecadora volaba a los Cielos en figura de una paloma muy hermosa.

ORACIÓN

¡Oh Madre de Dios y única esperanza mía! Ved aquí a vuestros pies a un pecador miserable, que implora vuestra clemencia. A una voz os dice toda la Iglesia Madre de pecadores. Pues si lo sois, a Vos me acojo; Vos me habéis de salvar. Bien sabéis cuánto desea vuestro amantísimo Hijo mi salvación y lo mucho que padeció por ella. Hoy os ofrezco todas sus fatigas y dolores, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, el cansancio y sudor, la sangre derramada y las penas con que expiró en la cruz a vuestra presencia. Dad a conocer a todo el mundo, favoreciéndome, lo mucho que la amáis, pues por el amor que le tenéis imploro vuestro valimiento. Dad la mano a un caído digno de compasión. Si yo fuese justo, no pediría misericordia; pero como soy pecador, os busco a Vos, que sois Madre de piedad; y pues vuestro amoroso corazón se alegra de favorecer a los miserables que no se obstinan, hoy le podéis dar este

gusto y a mí un gran consuelo, que, aunque pecador y digno de las penas eternas, no estoy obstinado todavía, por la divina misericordia. Decidme, Señora, qué tengo que hacer, y alcanzadme fuerza para ello; por mi parte, dispuesto me hallo a todo lo que fuese menester para recobrar la gracia perdida. Bajo vuestro manto me acojo. Vuestro Hijo santísimo quiere que acuda a Vos, que sois su Madre, para que por la virtud de su sangre y de vuestros ruegos poderosos, sea de ambos la gloria de haberme salvado. Él me envía para que Vos me socorráis. Aquí me tenéis; en Vos confío. Ya que pedis por otros, decid también por mí siquiera una palabra. Decid al Señor que deseáis mi salvación, y me salvará. Decid que soy vuestro, y me basta.

2.º — *La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia.*

Es la perseverancia final don tan alto y precioso, que ningún hombre lo merece, sino que es del todo gratuito, como tiene la Iglesia declarado en el Concilio de Trento. Con todo, San Agustín enseña que se puede alcanzar con la oración, y aun infaliblemente. Añade el Padre Suárez: «... con tal que no cesemos de pedirlo hasta el fin»; pues, en expresión de San Roberto Belarmino, cada día se debe pedir para que cada día se pueda obtener. Ahora bien: conforme a la opinión común, y cierta para mí, como probaré en el capítulo V, si es verdad que dispensa Dios, por mano de María, todas las gracias que concede a los hombres, no habrá duda en que también alcanzaremos por su medio el don de la perseverancia, que es la gracia suprema. Sí, la alcanzaremos pidiéndosela siempre con toda confianza. Ella misma lo promete

a cuantos la sirvan con fidelidad; y la santa Iglesia, que es infalible, le pone en la boca las palabras que lo aseguran (*Eccli.*, 24, 30): *Los que se guían por Mí no pecarán; los que me dan a conocer obtendrán la vida eterna.*

Para perseverar en gracia hasta la muerte necesitamos fortaleza espiritual con que resistir a los asaltos del enemigo, la cual sólo se alcanza por medio de María (*Prov.*, 8, 14): *Mía es la fortaleza.* En mi mano ha puesto el Altísimo este don, para que le dispense a mis devotos. *Por Mí reinan los reyes.* Con mi fervor rigen mis siervos sus sentidos, dominan sus pasiones y se hacen dignos de reinar después eternamente. ¡Oh, qué esfuerzo sienten en sí los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones! María es aquella *torre inexpugnable ceñida de escudos y defensa*, donde tienen las almas fieles *armas en abundancia* para pelear y vencer a todos sus contrarios (*Cant.*, 4, 4).

También se llama *plátano* (*Eccli.*, 24, 19), porque el plátano tiene las hojas grandes y parecidas a un escudo; esta propiedad explica bien la protección y firmeza con que María defiende a los suyos; o bien, dice el Beato Amadeo, porque así como los viajeros se guarecen de la fuerza del sol y la lluvia bajo las hojas de este árbol, así los hombres bajo el manto de María hallan refugio contra el ardor de las pasiones y la violencia de la tentación. ¡Desdi-

chado de aquel que se aparta de tan segura defensa! ¡Desdichado del que olvida su devoción y no recurre a Ella en los peligros! ¿Qué sucedería si llegase a faltar el sol?, dice San Bernardo. ¿Qué sería entonces el mundo, sino un caos tenebroso y horrendo? Pierda el alma la devoción de María, y luego se cubrirá de tinieblas, de aquellas tinieblas donde sólo habitan fieras terribles, cuales son el pecado y el diablo (*Ps.*, 103, 20). ¡Ay de aquellos que se ofenden de la luz de este sol, que desprecien la devoción de María! Con sobrado motivo dudaba mucho San Francisco de Borja de la perseverancia de aquellos en quienes no veía una devoción especial a esta soberana Señora. Preguntó una vez a ciertos novicios cuáles eran los Santos de su mayor devoción, y advirtiendo que algunos de ellos no la tenían particular con la Virgen Santísima, avisó al Maestro de novicios que estuviese alerta; y fue así que, al fin, aquellos desdichados salieron de la religión.

También tenía San Germán motivo para llamar a la Santísima Virgen «Respiración y aliento de todo cristiano»; porque si el cuerpo sin respirar no puede vivir, tampoco el alma puede conservar la vida de la gracia, sino por medio de María, que nos la consigue seguramente. Tuvo un día el Beato Alano una gravísima tentación, y por no haberse encomendado a la Virgen, poco le faltó para ser vencido y perecer; pero la Soberana Señora se le

apareció, y para que otra vez fuese más advertido, le dio una bofetada y le dijo: «Si hubieses acudido a Mí, no te hubieras visto en semejante peligro.»

Al contrario, dice María: *Dichoso el que oye mi voz, y va todos los días a pedir a las puertas de mi misericordia luz y socorro* (Prov., 8, 34). Abundancia de luz y pronto socorro le dará María para salir de sus vicios y volver al camino de la virtud.

Inocencio III la llama hermosamente «Luna en la noche, y Aurora temprana, y Sol al mediodía». *Luna*, al que vive ciego en la oscuridad del pecado, iluminando su alma, para que vea su infeliz estado y el peligro en que se halla de condenarse; *Aurora*, al que comienza a conocer el riesgo, para ayudarle a recobrar la gracia; y *Sol clarísimo*, al que ya está en gracia de Dios, para que no vuelva a caer en el precipicio.

Aplican a María los Doctores sagrados aquellas palabras de la Escritura santa (Eccli., 6, 31): *Sus lazos son ataduras saludables. ¿Y por qué lazos y ataduras?* Porque *liga* a sus devotos para que no huyan y se extravíen por los campos del vicio. Añade el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: *María descansa en la plenitud de los Santos* (Eccli., 24, 16), porque vive en medio de los Santos, y los detiene para que no vuelvan atrás, y les conserva la virtud para que no descaezcan, y sujeta con su poder al diablo para que no les haga daño.

Todos sus devotos tienen dos vestidos (Prov., 31, 21); es decir, las virtudes de Cristo y las de María, como explica doctamente Cornelio a Lápide; y así vestidos viven bien y acaban bien; por lo cual exhortaba tantas veces San Felipe Neri a sus penitentes, diciéndoles: «Hijos, si queréis perseverar, sed devotos de la Virgen Santísima»; y lo mismo aseguraba San Juan Berchmans, como ya dijimos. Es hermosa la reflexión de un piadoso abad a propósito de la parábola del hijo pródigo. Dice que si hubiera tenido madre, aunque tan díscolo, no se hubiera ido de la casa paterna, o hubiera vuelto mucho antes; dando a entender que el que tiene la dicha de ser hijo de María, o no se aparta nunca de Dios, o, si le acontece tal desgracia, vuelve pronto por medio de la Madre amantísima.

¡Oh, si amasen a esta benignísima y amorosísima Señora todos los hombres! Si luego que sintiesen la tentación corriesen a sus brazos, ¿quién caería jamás?, ¿quién se perdería? Sólo se pierde quien no la invoca. San Lorenzo Justiniano le aplica aquellas palabras de la Escritura: *Anduve sobre las olas del mar*; como si dijese: «Yo me hallo con mis siervos en medio de las tempestades, para asistirlos y librarlos de la perdición eterna.»

Cuenta el Padre Bernardino de Bustos que a un pajarillo le enseñaron a decir *Ave María*, y vinien-

do una vez a cogerle un gavián, dijo: *Ave María*, y el gavián quedó muerto. Pues si el ave, sin entender lo que decía, se libró de la muerte, mucho más debe esperar esto una persona racional si invoca de corazón su dulce nombre cuando le asalte el enemigo de las almas. Al sentir la tentación, dice Santo Tomás de Villanueva, no hay que discurrir ni hacer otra cosa sino acogernos al instante bajo el manto de María, como los polluelos bajo las alas de la madre cuando el milano viene. Vos, Madre y Señora, nos defenderéis, porque no tenemos otro amparo ni otra esperanza y protección en quien, después de Dios, podamos confiar.

Concluyamos con aquellas palabras tan afectuosas de San Bernardo: «¡Oh tú, quienquiera que seas, advierte que en esta vida, más bien que andar por tierra firme, vas navegando entre peligros y borrascas! Si quieres no quedar sumergido, mira la estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las tentaciones porfiadas, en las dudas, piensa que María te puede socorrer, y llámala de contado. No falte jamás su nombre en tu corazón con la confianza, ni de tu lengua con la invocación. Si la sigues, no errarás el camino de la salud. Si acudes a Ella, no desconfiarás. Si te tiene de su mano, no caerás. Si te protege, nada temerás. Si te guía llegarás al puerto sin trabajo. En una palabra: si María toma a su cargo defenderte, alcanzarás la bienaventuranza. *Hazlo así y vivirás* (Lc., 10, 28).

EJEMPLO.

Conversión de María Egipciaca.

Es famosa la historia de Santa María Egipciaca, como se cuenta en el libro primero de las *Vidas de los Padres del yermo*. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue a Alejandría, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros dieciséis, salió de allí y vagando llegó a Jerusalén, a tiempo que se celebraba la fiesta de la Santa Cruz, y viendo entrar en la iglesia mucha gente, quiso también entrar en ella, más por curiosidad que por devoción; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenía. Hizo otra vez por entrar, y le sucedió lo mismo, hasta tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz, retirándose a un rincón del atrio, conoció con luz superior que su mala conducta la echaba de la iglesia. Alzó los ojos y vio allí cerca, por dicha suya, una imagen de María Santísima, a la cual empezó a decir, llorando, de esta manera: «¡Oh Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora! No merezco que me miréis, pero Vos sois el refugio de los pecadores: amparadme y favorecedme por el amor de Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré a hacer penitencia donde Vos me digáis.» Entonces oyó una voz interior, como de la Virgen, que le decía: «Pues que acudes a Mí con propósito de enmendarte, ya puedes entrar.» Entró, adoró la

Santa Cruz con abundancia de lágrimas, volvió a la imagen, y le dijo: «Vedme pronta, Señora: ¿dónde queréis que me retire?» «Pasa el Jordán — le respondió la Virgen —, y allí encontrarás tu descanso.» Confesó y comulgó, y, pasando el río, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debía quedar.

Los diecisiete años primeros tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudía siempre a la Virgen, y la Virgen Santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente, habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de edad de ochenta y siete, la encontró por divina providencia San Zósimo, abad, a quien refirió todo el relato de su vida, suplicándole que volviese al año siguiente con la sagrada Comunión. Hízolo así, y le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras escritas de su mano: «Entierra aquí el cadáver de esta pecadora y pide a Dios por su alma.» Vino corriendo un león, hizo un hoyo con las garras, el Santo la sepultó, y volvió al monasterio, contando a todos las misericordias que Dios había obrado con aquella felicísima penitente.

ORACIÓN

¡Oh Madre de piedad, Virgen sacratísima! Ved aquí a vuestros pies al pecador ingrato que, menospreciando tantas veces la gracia

divina, hizo traición a Dios y a Vos; pero mi gran miseria no me quita la confianza, antes bien, me la aumenta, porque espero que así también serán mayores las muestras de vuestra misericordia. Dad a conocer a todo el mundo que, del mismo modo que sois para cuantos acuden a Vos clemente y generosa, igualmente lo sois para conmigo. Basta, Señora, que me miréis y os compadezcáis de mí, porque, mirándome, no podréis dejar de protegerme. Y si Vos me protegéis, ¿qué podré temer? Nada; ni a mis pecados, porque Vos podréis remediar el daño hecho; ni a los enemigos infernales, porque sois más poderosa que todo el infierno; ni tampoco la ira justa de vuestro Hijo, indignado contra mí, porque una palabra que Vos le digáis será suficiente para aplacarle. Sólo temo dejar por mi culpa de encomendarme a Vos en las tentaciones y perderme así. Pero esto es lo que hoy os prometo, solicitando al mismo tiempo que me ayudéis a cumplirlo con fidelidad. Ved qué hermosa ocasión se os presenta de dar contento a vuestro piadoso corazón favoreciendo a un miserable. En Vos coloco toda mi esperanza; alcanzadme gracia de llorar mis pecados con verdadero arrepentimiento y fortaleza, para no volver a pecar. Enfermo estoy, pero tenéis a vuestra disposición la medicina del Cielo. Si mis pecados me han hecho débil, vuestra protección me puede hacer fuerte y robusto. En fin, todo lo espero de vuestra mano, porque todo lo podéis para con Dios.

3.º — *María hace dulce la muerte a sus devotos.*

El amigo ama en todo tiempo y en la adversidad se conoce el hermano, dicen los *Proverbios* (17, 17). Pero los amigos del mundo, como no suelen ser verdaderos, sólo duran mientras hay prosperidad; luego que nos ven en desgracia, y mucho más a la hora de la muerte, nos abandonan. No lo hace así María con los suyos. En todos los trabajos de la vida, y especialmente en las angustias de la muerte, que son los mayores que puede haber en este valle de lágrimas, no se aparta de sus queridos siervos, y

si nuestro proceder correspondió a la profesión de cristianos, nos proporciona una muerte dulce y feliz. Porque desde aquel gran día en que con tanta pena asistió en el Calvario a la muerte del Señor y caudillo de todos los predestinados, adquirió el derecho de asistir a la muerte de todos ellos, y por esta causa nos enseña la santa Iglesia a decir frecuentemente en el Avemaria: *Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Grandes son las angustias de un moribundo, ya por los remordimientos que dejan los pecados de la vida pasada, ya por el temor del juicio cercano, ya por las dudas de la salvación. Todo el infierno se arma y acomete con más violencia que nunca para arrebatarse aquel alma en las puertas de la eternidad, *viendo que le quedan pocos instantes (Apoc., 12, 12)*, y que si la pierde, la pierde para siempre, y el tentador, que en vida nos persiguió tan obstinadamente, no se contenta entonces con venir solo, sino que trae consigo otros muchos compañeros y tentadores. Y sus casas, dice Isaías (13, 21), *se llenarán de dragones*. Diez mil se dice que vinieron a tentar a San Andrés Avelino a la hora de su muerte, habiendo tenido con ellos un combate tan recio y porfiado, que hacía temblar a los buenos religiosos que le asistían, como en su *Vida* se lee, pues vieron hinchársele la cara hasta ponerse negra, estremecerse sus miembros, crujió los hue-

sos, caerle un torrente de lágrimas y dar con la cabeza violentas sacudidas, señales todas de la batalla espantosa que estaba sufriendo. Todos lloraban de compasión, redoblaban el fervor de las súplicas, y al mismo tiempo estaban espantados de ver morir a un Santo de aquella manera, aunque, por otra parte, se consolaba advirtiéndole que de cuando en cuando levantaba la vista, como pidiendo socorro a una devota imagen de María Santísima, que tenía delante, y acordándose de que había dicho muchas veces que en aquel trance sería esta Señora su amparo y refugio. Plugo, finalmente, a la divina Bondad que acabase la lucha con gloriosa victoria; porque, cesando la conmoción del cuerpo, y deshinchado y vuelto a su primer color el semblante, fijó los ojos amorosamente en aquella imagen; hizo, como en acción de gracias, devota inclinación a María (que se le apareció en el acto, según se cree), y expirando dulcemente en sus brazos maternos, voló para siempre a los gozos del Paraíso. Y al mismo tiempo una religiosa capuchina, que estaba también en la agonía, se volvió a las monjas que la asistían, y les dijo: «Recemos un Avemaría, porque ahora acaba de morir un Santo.»

¡Oh, qué cierto es que a la presencia de María huyen los rebeldes! Si en aquella hora la tenemos de nuestra parte, ¿qué temor nos podrán causar todos los enemigos del infierno? Temeroso David

de las angustias de la muerte, se confortaba con la confianza en el Redentor que había de venir y en los méritos de la que había de ser su Madre; dice (*Ps.*, 22, 4): *Cuando camine por la sombra de la muerte, tu vara, Señor, y tu báculo me consolarán.* Explica Hugo, Cardenal, por el *báculo* el árbol de la Cruz, y por la *vara*, la intercesión de María, vara florida que anunció el profeta Isaías (11, 1), diciendo: *Saldrá una vara o vástago de la raíz de Jesé* (es decir, de la familia de David, hijo de Jesé), *y de ella brotará una flor.* Es, ciertamente, María *vara* de gran poder, *vara* que vence y quebranta toda la violencia de los enemigos infernales. Y si Ella está por nosotros, ¿quién se nos opondrá?

Hallándose el Padre Manuel Padial, de la Compañía de Jesús, cercano a la muerte, se le apareció la celestial Señora, llenándole de gozo, y diciéndole: «Ya, finalmente, llegó la hora de que te den los ángeles el parabién, cantando así: ¡Oh trabajos dichosos! ¡Oh mortificaciones remuneradas!» Y al mismo tiempo salió de allí, huyendo, un ejército de enemigos, que iban rabiosamente gritando: «¡Ay que nada podemos! ¡Le defiende la que no tiene mancha!» También fue asaltado en aquel trance el Padre Gaspar Hayevod, de la Compañía, con una gran tentación contra la fe; pero acudiendo a la Virgen fervorosamente, se le oyó decir en alta voz: «Gracias os doy, Señora, de que vengáis a socorrerme.»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA afirma que la Virgen manda en aquella hora al príncipe San Miguel, con toda su celestial milicia, para que defiendan a sus devotos, reciban sus almas y las suban a los Cielos en triunfo. Y aunque, como dice Isaías (14, 9) todo el *infierno se pone también en movimiento y envía a los peores diablos*, con orden de tentar al alma primero, y de acusarla después en el divino tribunal; con todo, si es alma que María haya tenido bajo su protección, no se atreverá a tanto, sabiendo que nunca se condenó ni condenará ninguna de las que Ella patrocine. Escribe San Jerónimo a la virgen Eustoquia que María no sólo socorre a los moribundos, sino también les sale al encuentro para acompañarlos al tribunal divino, amparándolos bajo su manto, con lo que seguramente logran sentencia de salvación.

Así lo hizo con Carlos, hijo de Santa Brígida, de , cuya muerte estaba la madre temerosa, por haber muerto lejos de su presencia y en el ejercicio peligroso de la milicia; pero nuestra Señora le reveló que se había salvado por el amor que siempre le había tenido, para lo cual Ella misma le había asistido al tiempo de morir, sugiriéndole todo lo que entonces debe hacer un cristiano. Vio al mismo tiempo al Juez sentado en su trono, y que el demonio tuvo atrevimiento de presentarle dos quejas contra su Santísima Madre: la primera, que le hubiese estorbado tentar a Carlos cuando estaba

para morir; la segunda, que le hubiese llevado Ella delante del Juez, alcanzándole de este modo la salvación, sin darle siquiera lugar a que expusiese las razones que le asistían para probar que aquella alma era suya. Pero el Señor le echó de su presencia, y el alma de Carlos entró triunfante en la gloria.

Sus lazos son ligaduras saludables, y en la última hora encontrarás en Ella descanso (Eccli., 6, 31). ¡Dichoso tú, hermano mío, si aquella hora te encuentra ligado con las dulces cadenas del amor de María! Estas son *cadenas de salvación*, que te aseguran la eterna felicidad, y te darán a gustar por anticipación aquella paz envidiable, principio del eterno descanso. Refiere el Padre Binet, en su libro *DE LAS PERFECCIONES DE NUESTRA SEÑORA*, que estando él ayudando a bien morir a un hombre muy devoto de María Santísima, le dijo el moribundo, poco antes de expirar: «Padre. ¡si usted supiese qué alegría siento en esta hora de haber servido a la Madre de Dios! No hallo palabras con que explicarlo.» Y el Padre Suárez, por haberlo sido también (tanto, que aseguraba hubiera trocado todo su saber por el mérito de un Avemaría) murió con tanto gozo, que, expirando como estaba, decía: «Nunca hubiera pensado fuese cosa tan dulce el morir.» Igual contento sentirás tú, sin duda, devoto lector, si amas ahora a esta buena Madre; la cual no podrá entonces dejar de mos-

trarse correspondida con los hijos amantes que la hubieren fielmente servido, visitándola con frecuencia, rezando su santo Rosario, ayunando en su honor, y, especialmente, dándole sin cesar gracias y alabanzas por sus continuos favores, y encomendándose de veras a su poderoso patrocinio.

Ni el haber sido pecador algún tiempo te quitará este consuelo, si desde hoy quieres enmendarte y empezar a servirla con fervor; y en las tentaciones y angustia que fraguará el demonio para desalentarte, Ella, que es agradecida y benig-nísima, te confortará con su auxilio y aun vendrá en persona para asistirte en aquella hora. Cuenta San Pedro Damían que, temeroso un día un hermano suyo, llamado Martín, de los pecados de la vida pasada, se puso delante de un altar de la Virgen, dedicándose por esclavo suyo, y atándose por señal una cinta al cuello, dijo: «Señora y espejo de pureza: yo, pobre pecador, ofendí a Dios y a Vos, mancillando la castidad. Ya no me queda otro remedio que ofrecerme por vuestro esclavo. Ved-me aquí; a Vos me dedico para siempre; recibid a este rebelde pecador, y no me desechéis.» Y luego puso en la peana del altar unas monedas, con promesa de traer cada año otras tantas, en señal de tributo. Así llegó, en fin, la hora de su muerte, cuando, de pronto, empezó a decir: «Levántense todos y hagan acatamiento a mi Señora»; añadiendo después: «¡Oh, qué favor, Reina del Cielo,

que os dignéis visitar a este pobre esclavo! Bendecidme, Señora, y no permitáis que se pierda mi alma después de haberme favorecido con vuestra soberana presencia.» En esto, llegó su hermano, a quien refirió todo lo sucedido, quejándose de que no se hubiesen levantado los circunstantes al entrar la Virgen, y a poco expiró plácidamente en el Señor. Tan dichosa como ésta será tu muerte, piadoso lector, si hubieses sido fiel a María; y aunque en el tiempo pasado hayas ofendido a Dios, tendrás, arrepentido ya, una muerte dulce y feliz con su amparo maternal y asistencia amorosa.

Si te desalientan los pecados de la vida pasada, te asistirá, como lo hizo con Adolfo, conde de Alsacia, el cual, habiendo trocado el mundo por la religión de San Francisco, fue muy devoto de la Madre de Dios, como se refiere en la Crónica de la Orden; y estando ya en los últimos días de su vida, acordándose de los años mal empleados en el siglo, y temeroso del rigor del tribunal divino, comenzó a desconsolarse y dudar de su salvación. Pero he aquí que María, la cual no duerme en las angustias de sus devotos, acompañada de muchos Santos, se le aparece, le conforta y le dice estas tiernas palabras: «Amado Adolfo, ¿cómo siendo mío temes la muerte?» Al instante se dispó todo el temor, y murió con indecible gozo.

Animémonos también nosotros, aunque peca-

dores, esperando que, si ahora la servimos con fidelidad, se dignará entonces venir y asistirnos y consolarnos con su amabilísima presencia, como Ella misma lo prometió a Santa Matilde, diciéndole: «A todos los que piadosamente me sirven quiero fidelísimamente asistirles como Madre piadosísima y consolarlos y ampararlos.» ¡Oh Dios mío, y qué dulce consuelo tendremos cuando, ya cercanos a las puertas de la eternidad, y en aquel momento en que se ha de sentenciar la causa de nuestra salvación o condenación eterna, veamos a nuestro lado a la Reina del Cielo asistiéndonos, animándonos y prometiéndonos su protección!

Hay de estos otros ejemplos innumerables. Favor tan señalado hizo a Santa Clara de Asís, San Félix de Cantalicio, Santa Clara de Monte-Falcó, Santa Teresa, San Pedro Alcántara. Pero contemos otros pocos para nuestro consuelo.

Refiere el Padre Crasset, de la Compañía de Jesús, que Santa María Oñacense vio una vez que la Virgen Santísima estaba a la cabecera de la cama de una devota viuda de Villebroek, consolándola y mitigándole el ardor de una calentura muy ardiente. — San Juan de Dios, estando para morir, esperaba que llegase esta Señora, de quien había sido devotísimo; pero viendo que se tardaba, empezó a afligirse y a quejarse quizá. Pero cuando fue tiempo se le apareció, y como reprendiéndole

de su poca confianza, le dijo estas dulces palabras: «Juan, no dejo Yo a los míos en esta hora»; como si le dijese: «¿Pensabas, acaso, que te había Yo de abandonar? ¿No sabes que a la hora de la muerte no desamparo a los que me aman? No he venido antes porque no era tiempo; ahora que ya lo es, veme aquí, que vengo a llevarte conmigo al Cielo.» A poco expiró el Santo, y voló a la gloria, donde estará dando gracias eternas a su amantísima Madre y Señora.

EJEMPLO.

Maria asiste a una pobre moribunda desamparada.

Demos fin a este discurso con otro ejemplo que descubre igualmente la ternura de tan buena Madre para con sus hijos queridos en aquella hora.

Estaba ayudando a bien morir el párroco de cierto lugar a un hombre rico, en una casa muy bien puesta, con asistencia de muchos criados, parientes y amigos; pero veía también a los diablos que, en forma de perros hambrientos, estaban cerca esperando su alma; y así fue que al instante que acabó de expirar se la llevaron, por haber muerto en pecado mortal.

En el interin fue el cura mandado llamar a casa de una pobre que estaba también para morir y pedía los Santos Sacramentos. Mas no pudiendo a un tiempo asistir a los dos, envió a otro sacerdote

con el Viático, el cual no halló en la estancia de aquella buena mujer ni criados ni muebles preciosos, y acaso estaba echada por su pobreza en un poco de paja; pero vio el cuarto lleno de resplandor, y cerca de la moribunda, a la Reina de los ángeles, consolándola y enjugándole con un lienzo el sudor de la muerte. Por respeto a tan gran Señora, no se atrevía a entrar; pero la Virgen le hizo señas que entrase, y le mostró un banquillo para que, sentado en él, oyese la confesión de su sierva, la cual se confesó, recibió con gran devoción el Santísimo Sacramento y a poco entregó su alma dichosamente en brazos de María.

ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Madre! ¿Cuál será la muerte de este miserable pecador? Cuando pienso en el último instante de mi vida y en aquel tribunal y estrecha cuenta que me aguarda; cuando reflexiono que con mis pecados tengo merecida sentencia de condenación, me lleno de espanto.

En la sangre de mi Redentor y en vuestra intercesión poderosa pongo toda mi esperanza. Aunque sois Reina del Cielo, Señora del mundo y Madre de Dios, que es de todas la mayor dignidad, tanta grandeza no os aleja de nosotros, antes bien, os inclina más a tener compasión de nuestra miseria, porque Vos no hacéis como los amigos del mundo, que si los levanta la fortuna, se olvidan de lo que fueron y no se dignan mirar siquiera a sus amigos antiguos caídos en desgracia. Vuestro noble corazón, al contrario, donde ve mayor necesidad, allí acude más pronto. Luego que os invocamos, y aun antes, venís. Nos consoláis en nuestras aflicciones, disipáis las tempestades, vencéis a nuestros enemigos, y en toda ocasión procuráis nuestro bien.

Sea para siempre bendita la mano divina que en Vos ha juntado tanta majestad y ternura, tanta grandeza y amor. Doy al Señor

gracias porque en vuestra felicidad consiste la mía, y de vuestra suerte pende mi suerte.

¡Oh consoladora de los afligidos! Consolad a uno que viene a buscaros. Los remordimientos me atormentan, así por los muchos pecados que cometí como por saber si los he ya llorado debidamente. Veo que todas mis obras han sido malas, que los enemigos infernales esperan mi muerte para acusarme y que la divina Justicia, ofendida, pide satisfacción. ¡Ay, Madre amorosa! ¿Qué ha de ser de mí? Si Vos no me amparáis me doy por perdido. ¿Qué decís? ¿Que me protegeréis? Decid que sí, Virgen piadosísima, y alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, gracia para enmendarme y firmeza en el servicio del Señor los pocos días que me quedan de vida. Y cuando llegue la hora de la muerte y me veáis en aquellas angustias, no me abandonéis, esperanza mía, sino ayudadme entonces mucho más para que no desespere, acordándome de la multitud y gravedad de mis pecados y viendo a mis enemigos en orden de batalla para acometerme.

Más os quiero pedir, y perdonad mi atrevimiento: Venid Vos en persona a consolarme con vuestra presencia. Este favor, que a tantos habéis hecho, yo también lo reclamo. Si es grande mi audacia, mayor es vuestra bondad. Madre sois, y siempre buscáis a los más necesitados para llenarlos de consuelo. En Vos confío. Sea gloria vuestra el haber salvado a un infeliz merecedor del eterno castigo y haberle abierto las puertas del reino celestial, donde, al veros, correré a vuestros pies para adoraros, rendiros gracias, bendeciros y amaros por toda la eternidad. Amén.

CAPITULO III

ESPERANZA NUESTRA

1.º — *María es esperanza de todos.*

Los herejes modernos no pueden sufrir que, invocando a María, la llamemos *esperanza nuestra*, porque dicen que esto sólo es propio de Dios, el cual maldice a quien pone su confianza en las criaturas (*Jerem.*, 17, 5); y siéndolo María, ¿cómo en Ella se podrá colocar? Así hablan los herejes; pero la santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo, manda que cada día los eclesiásticos y religiosos, en su nombre y en el de los demás fieles, la saluden, alzando la voz con el dulce título de *esperanza nuestra*, esperanza de todos.

En contraposición a la falsa y pestilente doctrina de los herejes, hagamos aquí una reseña de lo que dicen a una voz los Santos y Doctores de la Iglesia católica.

«De dos maneras, dice el Doctor Angélico, podemos esperar en una persona: o como principal, o como medio.» El que pide al rey una gracia, la espera del rey como soberano y del ministro como intercesor; y si la consigue, ya sabe que, aunque viene del soberano principalmente, el conducto ha sido el ministro, en el cual, como medianero, puso, con razón, su esperanza. Dios, que es bondad infinita, desea sumamente enriquecernos con su gracia: pero como para ello exige confianza de nuestra parte, para animarnos a tenerla nos dio a su misma Madre por Madre y Abogada, depositando en sus manos los tesoros de su poder, a fin de que la salvación y cualquier otro bien, de Ella lo esperemos. Los que la colocan en las criaturas sin dependencia de Dios, como hacen los pecadores, que por granjear el favor de un hombre disgustan al Criador; éstos son a los que les cae propiamente la maldición divina. Mas los que confían en el valimiento de aquella Madre de piedad, criatura tan privilegiada y poderosa para alcanzarnos la gracia y vida eterna, son benditos y agradables a los ojos de Dios, que quiere se le dé honor, porque en la tierra le honró y amó Ella más que la multitud de todos los ángeles y Santos.»

Con razón, pues, llamamos a la Virgen *esperanza nuestra*, confiando, como enseña el Santo Cardenal Belarmino, que por su intercesión hemos de alcanzar de Dios lo que por nuestra súplicas no

pudiéramos. «Pedímosle, añade el Padre Suárez, que interceda por nosotros, a fin de que su dignidad de medianera supla nuestra miseria; y esto no es desconfiar de la divina misericordia, sino conocer y temer nuestra propia vileza.» Doctrina conforme a las palabras del *Eclesiástico* (24, 24), que le aplica la Iglesia: «Madre de santa esperanza.» Madre de quien esperamos, no los bienes del mundo, transitorios y viles, sino los celestiales y eternos.

San Efrén: «Dios te salve; esperanza del alma; Dios te salve, auxilio del cristiano, refugio de pecadores, defensa de corazones fieles, salud de todo el mundo.» Así lo dice el Santo, y considerando que en el orden de la providencia con que Dios nos gobierna tiene determinado que nadie se haya de salvar sino por medio de María, como probaremos largamente después, añade: «No hay para nosotros otra esperanza sino en Vos, oh Virgen fidelísima.» Santo Tomás de Villanueva sostiene lo mismo.

San Bernardo da la razón de lo que vamos diciendo con estas palabras: «Vean aquí los hombres los designios de Dios, que son de piedad: habiendo de redimir al género humano, puso en manos de María todo el precio de la redención para que le reparta Ella como quisiere.»

Un piadoso autor moderno, explicando lo que

se refiere en el capítulo 25 del *Exodo* sobre aquel propiciatorio o trono de gracia que Dios mandó a Moisés fabricar de oro acendrado, para hablarle desde allí, dice que María es este propiciatorio para bien de todas las gentes; que desde él habla Dios lleno de piedad al corazón del hombre, da respuesta de clemencia y perdón, concede toda suerte de dones y nos colma de bienes.

San Ireneo: «Antes de encarnar el Verbo divino en el seno purísimo de María, mandó al Arcángel a pedir su consentimiento, porque a Ella quiso debiese el mundo el alto misterio de la Encarnación.»

El sabio Idiota: «Todo bien, todo auxilio, toda gracia que de Dios recibieron y recibirán hasta el fin del mundo los hombres, todo fue y todo será por intercesión de María.»

Blosio: «¡Oh Señora! Siendo Vos tan amable y agradecida con todos los que os aman, ¿quién por su desdicha será tan necio que deje de amaros? Vos, en las dudas y confusiones, dais luz a los que a Vos acuden; Vos consoláis a los que en Vos confían; Vos los libráis de los peligros; Vos socorréis a los que os llaman; Vos, después de vuestro Hijo, sois la salud de vuestros fieles siervos. Salve, esperanza de los desdichados, refugio de los desamparados. Sois omnipotente, pues que vuestro Hijo hace sin tardanza cuanto Vos queráis.»

San Germán: «¡Oh Señora mía! Vos sois mi consuelo, dado por Dios, guía de mi camino, fortaleza de mi debilidad, riqueza de mi gran miseria, medicina de mis llagas, alivio de mis dolores, libertad de mis cadenas, esperanza de mi salvación. Oye mis ruegos, compadécete de mis suspiros, Señora mía, refugio mío, vida mía, auxilio, confianza y fortaleza mía.

San Antonino: «Bien puede el mundo tenerla por fuente y madre de todo bien, y decir (*Sab.*, 7, 11): *Con Ella he recibido toda suerte de bienes.*»

El sabio Idiota: «Quien halla a María, halla toda la felicidad, halla la gracia y la virtud, porque su poderosa intercesión le alcanza todo cuanto necesita, enriqueciendo su alma con la gracia divina, como lo hace saber Ella misma, asegurando que en su mano tiene todas las riquezas del Cielo; es decir, todas las misericordias de Dios, conforme a lo que se le aplica en el capítulo 8 (v. 18) de los *Proverbios*: *Yo poseo tesoros en abundancia para enriquecer a los que me aman.*»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Todos debemos tener puestos los ojos en las manos de María, para recibir los bienes que deseamos.»

¡Y qué bienes tan preciosos! ¡Cuántos soberbios hallan la humildad en la devoción de María!

¡Cuántos iracundos, la mansedumbre! ¡Cuántos ciegos, la luz! ¡Cuántos desesperados, la confianza! ¡Cuántos descarriados, la salvación! Así lo prometió por su boca dulcísima, diciendo a su prima, cuando llegó a visitarla (*Lc.*, 1, 48): *Desde hoy, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.*

«Sí, comenta San Bernardo, todas las generaciones lo dirán, porque a todas disteis la vida y la gloria; porque en Ti los pecadores encuentran perdón, y los justos, gracia perdurable.»

El devoto Lanspergio: «Hombres (dice en boca de Dios), honrad a mi Madre con singular veneración. Yo os la di para ejemplo de pureza, refugio segurísimo y asilo en las tribulaciones. Nadie recele acercarse a Ella, pues la crié tan benigna y misericordiosa para que a ninguno deseche, a ninguno se niegue, a todos abra el seno de su piedad y a nadie despida desconsolado.»

¡Qué tiernos sentimientos de confianza para con Jesucristo y su bendita Madre abrigaba el autor desconocido que escribió el *Estímulo de amor*: «Aunque parezca que me tiene Dios ya reprobado, sé que no se puede negar a Sí mismo. Me abrazaré a Él hasta que me bendiga, y sin mí no se podrá ir. Me esconderé en sus llagas, y de este modo fuera no me encontrará. Me echaré a los pies